

REAL
ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

Colección
M^{ra} Teresa
García Moreno
Serie Catálogos
Nº 5

GINÉS LIÉBANA, 100 AÑOS DE CREACIÓN (1921 - 2021)

GINÉS LIÉBANA

100 AÑOS
DE CREACIÓN
(1921 - 2021)



2021

GINÉS LIÉBANA, CIEN AÑOS DE CREACIÓN

EDICIÓN AL CUIDADO DE MIGUEL CLEMENTSON LOPE



Edita

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Dirección y coordinación

Miguel Clementson Lope

Textos

José Cosano Moyano	Raúl del Pozo	Rosa Luque
AAVV	Bartolomé Delgado Cerrillo	Jacinto Mañas
Ángel Aroca	Dicc. <i>Larousse</i> de la Pintura	Fernando Martín
Alfredo Asensi	Bernd Dietz	Ricardo Molina
Julio Aumente	Luis Figuerola Ferreti	Francisco Nieva
Juan Bernier	Manuel Gahete	Vicente Núñez
Jesús Cabrera	Antonio Gala	Ana Palacio
Carmelo Casaño	Pablo García Baena	José M. ^a Palencia Cerezo
Juana Castro	José Luis González Cobelo	José Ant. Ponferrada Cerezo
Carlos Clementson	César González Ruano	José María Prieto
Miguel Clementson Lope	José Hierro	Francisco Umbral
José de Miguel	Joaquín Lobato	Mercedes Valverde Candil
Carlos Edmundo de Ory	Mario López	Francisco Zueras
Luis Antonio de Villena	Roberto Loya	Ginés Liébana

Documentación técnica, bibliográfica y fotográfica

M. Clementson

Diseño gráfico y maquetación

M. Clementson, José Manuel Nieto Rosa

Edición fotográfica y fotografía

Francisco J. Segura Castellanos, M. Clementson, Mateo Liébana, Rafael Inglada, José M. de la Fuente, Piedad Aroca, José Jiménez Poyato, Ángeles Clementson Lope, e imágenes del archivo personal del artista

© De los textos

los respectivos autores

© De las fotografías

los respectivos autores

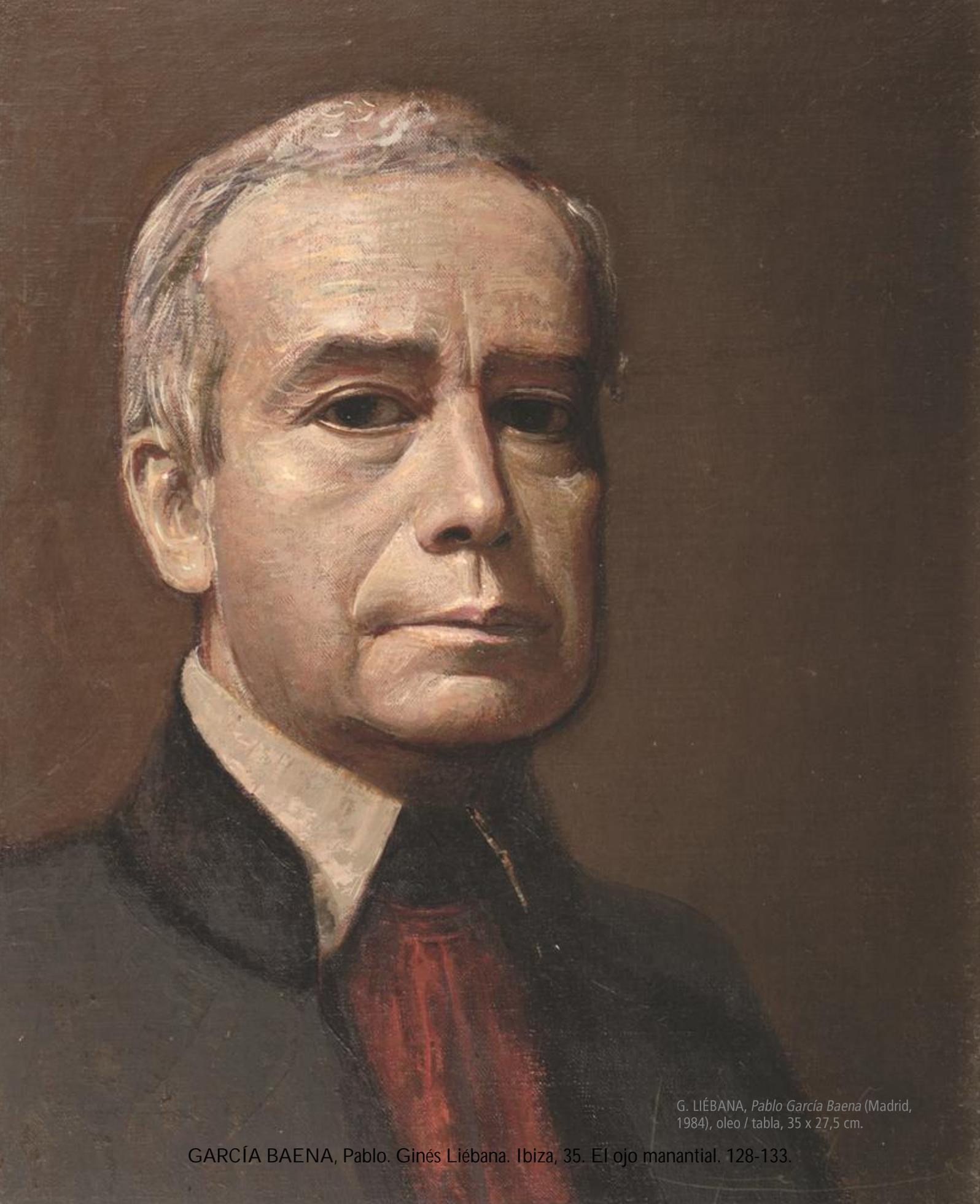
Especial gratitud y reconocimiento a

Diputación de Córdoba	Rafael Inglada
Escuela de Arte « <i>Mateo Inurria</i> »	Mario Galán
Ayuntamiento de Villa del Río	José Manuel de la Fuente
Museo Prov. de Bellas Artes de Córdoba	Ángeles Clementson Lope
Mateo Liébana	

Impresión

Litopress (Avda. República Argentina, 22. Telf. 957 23 57 02, email: edicioneslitopress.com)

ISBN 978-84-123535-9-4 Dep. legal CO 551-2021



G. LIÉBANA, *Pablo García Baena* (Madrid, 1984), oleo / tabla, 35 x 27,5 cm.

GINÉS LIÉBANA. *IBIZA*, 35

Pablo García Baena

Te he buscado estos días en que mis versos quieren rodearte
como el fuego rodea los leños encendidos.
Te he buscado estos días en todo lo que amabas
cuando aún no eras
«Ginés Liébana.
Ibiza, 35
Madrid».
He vuelto, ya de noche,
por el camino donde tres paseábamos
desiguales destinos.
He visto la sonrisa de los dompedros,
y he escuchado, lejano, en los días de lluvia,
el silbar de los trenes desde la capilla honda de Jesús Caído
cuando la sombra se espesa en los rincones
como un temeroso paño fúnebre.
He libertado,
desde su rincón en las páginas de una *Geometría Descriptiva*,
el intacto verdor de los castaños,
la corteza casi carnal de los pinos,
las florecillas pequeñas de los brezos,
y he sentido en mi cuerpo el escalofrío que siempre me recorre
al pasar junto al kilómetro 6
cercano a Piedrahita.
Mis labios han besado, como en aquella tarde,
la flauta abandonada...,
la flauta teñida con el zumo cárdeno de las zarzamoras
que algún fauno olvidara sobre la tierra virgen
y ha llegado hasta mí el mismo temor impaciente,
la misma angustia contenida
que cuando descubrimos al mendigo
dormido entre los viejos cajones de madera
que hay en el portal de Pantaleón.
He puesto mi mejilla
en el cristal empañado de lágrimas
de las ventanas que dan a la huerta
en la sacristía de San Cayetano,
y el Padre Gerardo
ha vuelto a descender con su paraguas por la suave colina.

Te he buscado estos días en todo lo que amabas,
en todo lo que amabas cuando agosto incendiaba tu corazón
con la llama de los rastrojos ardiendo en la campiña,
o cuando Marte se acercaba pequeño hasta tus manos
como un pájaro asustado.
Has cruzado de nuevo el jardinillo triste de Jerónimo Páez
con el amargo desdén que da a los niños
la gravedad enlutada de unas solapas de terciopelo,
y te he visto otra vez
ante el mármol blanco y caliente de las tabernas,
cuando una mano dejaba caer en el vino
la sortija feliz que lo convertía en mosto de granadas.
Te he buscado estos días
y en todo te he encontrado.
Te busqué con tristeza, creyendo que no eras ya
nada más que una dirección en un cerrado sobre.
Te busqué entre tus cosas
como aquél que recoge todos los pedazos de algún objeto amado
y que fue roto.
Te busqué, casi triste,
en las hojas caídas, en los árboles viejos que recorta el crepúsculo,
en los azahares húmedos
y junto a las columnas paganas de Santa Victoria
que el coro de colegialas cristianiza en la mañana del Jueves Santo.
Te busqué con el miedo de no encontrar tu huella
pero tú estabas en todo con tu clara sonrisa,
con tu sonrisa de niño que sabe
que no saldrá, como le dicen,
ninguna paloma del nido de metal y hule
de la cámara fotográfica,
y sin embargo, sonríe y espera...
Con la sonrisa que una tarde sorprendió Faustino
en aquel patio donde crecen libres las violetas,
donde hay, junto a los jazmines que suben por la cal de las paredes,
un banco abandonado
y una Virgen de piedra muestra la misma desgana de tu sonrisa.
En aquel patio que acaso has olvidado,
y que tiene un perfume íntimo y recogido
como tu alma.



G. LIÉBANA, *Varía su perfil dentro del triángulo* [pormenor]

EL OJO MANANTIAL

Pablo García Baena

Conocida es la parábola que cuenta Jorge Luis Borges: un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Al final, un día descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara. Este ejemplo de Borges ajusta como anillo nupcial a la pintura de Liébana y nos entrega la llave de su misterioso universo, porque en definitiva es la propia vida del pintor la que con profundo acorde visceral late en sus lienzos. Y en ese empírico laberinto puede el otoño de París con sus burradas y sus calceteras, Venecia y antifaces ardiendo en el naufragio manierista del crepúsculo, Río con las favelas de lata hundiéndose

sobre negras Estigias. Pero ese latido hondo, como de toque serio en el grave corazón de la guitarra, suena a Córdoba. Córdoba de los largos inviernos de la infancia, de los lutos y las primeras renunciaciones. Llovía interminablemente. Brillaban chorreantes los naranjos de espaldera adosados a las tapias de la calleja del Tesoro. Subía el olor agrio y cerrado de la fruta de oro desde jardines clausos, desde patios sombríos, desde huertos monásticos. Vertía la lluvia su alcubilla tenaz entre los regueros del empedrado donde crecía la hierba. Coronaban vivaces jaramagos los aleros verdinosos de torrecillas y miradores y la cúpula de Santa Victoria, nube redonda y negra, pesaba sobre el aire húmedo, melancólico de trenes lejanos y campanadas.



Pablo García Baena y Ginés Liébana, reunidos con motivo de la presentación de un poemario

En aquellos días íbamos Ginés Liébana y yo a la Escuela de Artes y Oficios "El Dibujo", instalada entonces en el viejo caserón de los marqueses de Benamejí, allá por Santiago, con su alta farola modernista, los escudos de los Bernuy, la escalera de mármoles negros donde la reproducción en yeso de un esclavo de Miguel Ángel nos parecía un símbolo de nuestra adolescencia, despertando entre las ligaduras. Leíamos "La feria de los discretos" y por las destartaladas aulas intentábamos revivir los personajes barrojanos: Quintín, Remedios, Rafaela.

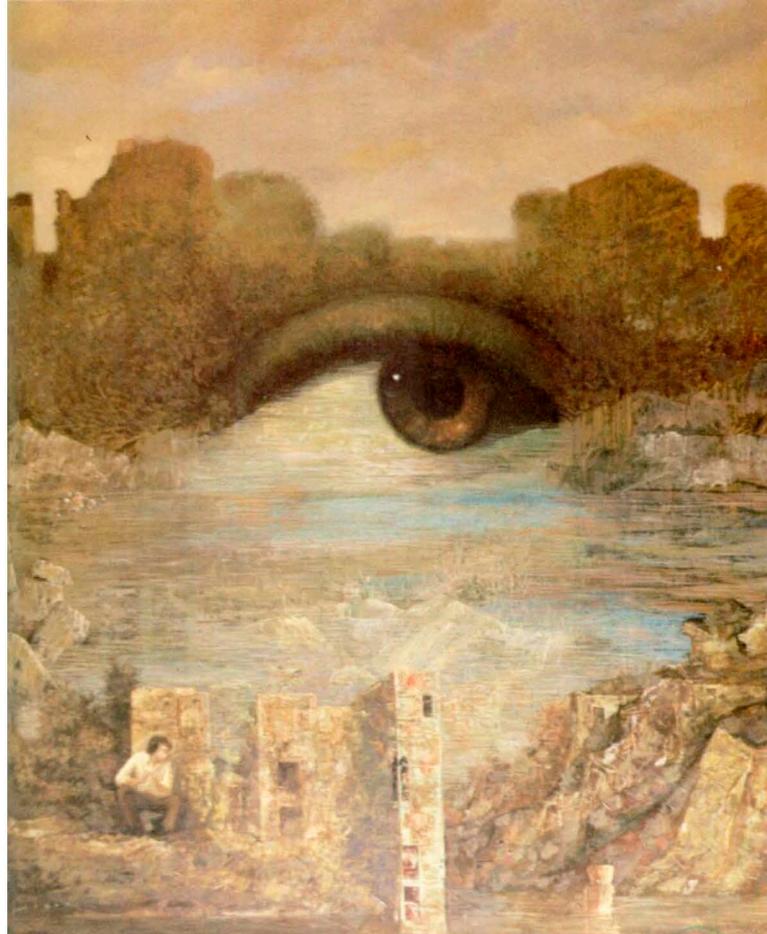
Cruzábamos la Corredera, todavía con el mercado de Sánchez-Peña en su centro, de esbeltos herrajes positivistas, y los refugiados de la guerra, embozados en paños irreconocibles, revivían a las puertas de las posadas del Toro o de la Puya la litografía decimonónica de los manteses. En la fresquera de Casa Monroy una única tortilla, en bodegón zurbaranesco, esperaba estoicamente mejores tiempos.

El Socorro, la Almagra, el túmulo ocre de San Pedro, los muros de la capilla de los Santos Mártires aún con restos de decoración neoclásica: *Detén tu paso caminante y lee...*

Ya en la calle *del Sol* la fachada geométrica del hospital de los Ríos, el umbroso compás de las clarisas de Santa Cruz con sus estrechas saeteras de celosía. Casi fronterero, en un portal de vecindad, un cuadro devoto del Nazareno se adornaba con la ofrenda humilde del tazón encendido de la mariposa o la rama aterciopelada del heliotropo.

Nos daba la clase de *Historia del Arte* D. Vicente Ortí y allí vimos por primera vez los mosaicos de Ravena, la mezquita de Kairuán, las ruinas de Delfos, en viejas proyecciones contemporáneas de Daguerre o Lumière; con sus colores sepia o violeta eran las únicas ventanas al mundo lejano de la belleza y la aventura.

D. Miguel Latás, canosa barba fin de siglo, ponía pacientemente ante nosotros el modelo a copiar con carboncillos y tizas sobre delgado papel de confitero: las escayolas de la hoja de yedra, el ataurique omeya, el grifo rampante.



G. LIÉBANA, *Ojo manantial*

Toda esa extensa liturgia ornamental se interioriza en una unión casi religiosa, empastando la pintura de Liébana en el recuerdo y el misterio de un poema de Ezra Pound. Y en ese largo viaje de su vida y su arte, ya Adriano del Valle le retratara viajero como el joven Tobías, la antigua asimilación enamorada de la ciudad surge espontánea, como un fondo de aguas profundas que un día devuelven la joya rara y perdida de una mirada; así en su cuadro *El ojo manantial*. Y está Valdés Leal en la capa pluvial de los saurios del sueño. Y Ricardo Molina en los árboles de tormenta, y la veleta, de bulto, de San Pedro en las angelerías domésticas, la piedra y el cielo de los molinos béticos, la granada de la Fuensanta, la tristeza caliente del azahar... Una voz narrando, reiterativa y fresca, mientras se aleja el carro de los antiguos días.



ccbo



BELLAS LETRAS
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA



Diputación
de Córdoba